

to, se procede exactamente como el físico moderno, que confía en su ciencia de manera total, aunque sabe que en el futuro se la ha de considerar anticuada. Nosotros somos los verdaderos poseedores del espíritu científico, en tanto que nuestros críticos no están al corriente de la Ciencia y la Filosofía modernas. Semejante comprobación nos basta para tranquilizar nuestro espíritu.

CAPÍTULO V

LA HUELGA POLÍTICA GENERAL

- I. — *Cómo se sirven los políticos de los sindicatos. Presión que se ejerce sobre los Parlamentarios. Huelga general en Bélgica y Rusia.*
- II. — *Diferencias entre las dos corrientes de ideas que corresponden a las dos concepciones de la huelga general: lucha de clases; Estado; minoría pensante.*
- III. — *Los celos de los políticos. La guerra como fuente de heroísmo y como saqueo. Dictadura del proletariado y sus antecedentes históricos.*
- IV. — *La fuerza y la violencia. Conceptos de Marx respecto a la fuerza. Necesidad de una teoría nueva para la vivienda proletaria.*

I

Los políticos son gente prevenida, cuyos voraces apetitos les aguzan singularmente la perspicacia; la caza de buenos cargos desarrolla su astucia de apaches. Profesan horror a las organizaciones puramente proletarias, y las desacreditan cuanto pueden. Con frecuencia, niegan su eficacia, creyendo poder apartar a los obreros de esas agrupaciones sin porvenir, según dicen. Pero cuando advierten la impotencia de sus odios, y que sus objeciones no impiden el funcionamiento de los tan odiados

organismos, procuran utilizar en provecho propio las energías del proletariado.

Durante mucho tiempo se combatió a las cooperativas, negando que fueran útiles para el trabajador; hoy, que han prosperado, su caja es el imán que atrae las tiernas miradas de algunos políticos, que desearían que el Partido viviese de las rentas de la panadería y los almacenes, como en muchos países viven los consistorios de los productos de los mataderos judíos.¹

Los sindicatos pueden ser empleados provechosamente en la propaganda electoral. Para utilizarlos fructuosamente se hace necesaria cierta habilidad, de la que los políticos no carecen. Guerard, secretario del sindicato de ferrocarriles, fue uno de los más fogosos revolucionarios de Francia; y finalmente comprendió que era más fácil la politiquería que la huelga general.² Hoy es una de las personas de confianza de la Dirección del Trabajo, y en 1902 echó el resto para asegurar la elección de Millerand. En el distrito por donde se presenta el *ministro socialista* existe una estación de positiva importancia, y sin el concurso de Guerard, quizá Millerand se hubiera quedado en blanco. En "Le Socialiste" del 14 de setiembre de 1902, un guesdista denunciaba tal conducta, que le parecía doblemente escandalosa: por el acuerdo del Congreso de los trabajadores ferroviarios relativo a que el sindicato no interviniese en política, y porque el adversario de Millerand era un

¹ Los escándalos de la administración de los consistorios en Argelia, que convirtieron a estos organismos en oficinas de soborno electoral, obligaron al Gobierno a reformarlos. Pero la reciente ley de separación de la Iglesia y el Estado tal vez va a permitir el retorno a las antiguas costumbres.

² En 1898 se efectuó una tentativa de huelga ferroviaria. Joseph Reinach dice de ella: "Un sujeto muy equívoco, Guerard, que había fundado una asociación de obreros y empleados ferroviarios y recibido más de 20.000 adhesiones, intervino (en el conflicto de los peones cavadores de París) con la proclama de una huelga general de su sindicato. Brisson apostó agentes de la policía secreta, mandó ocupar militarmente las estaciones, derramó filas de centinelas a lo largo de las vías y nadie protestó..." (*Histoire de l'affaire Dreyfus*, t. IV, págs. 310-311). Hoy es tan bueno el sindicato Guerard que el Gobierno le permite emitir una lotería de gran importancia. El 14 de mayo de 1907, Clemenceau lo citaba en la Cámara como un conjunto de "gentes razonables y prudentes" que se oponían a los manejos de la Confederación del Trabajo.

antiguo guesdista. El autor del artículo temía que "los grupos corporativos se descarriaran y, con el pretexto de usar la *política*, se transformaran en *instrumentos* de una política". Veía las cosas como son: en los convenios formalizados entre sindicatos y políticos, los beneficios siempre serán para estos últimos.

Más de una vez los políticos intervinieron en las huelgas, con el fin de destruir el prestigio de sus enemigos y lograr la confianza de los trabajadores. Las huelgas de la cuenca de Longuy, en 1895, se iniciaron con los esfuerzos de una *federación republicana* que quería organizar los sindicatos que fuesen capaces de ayudar a su política contra la de los patrones; los asuntos no prosperaron en la medida de sus aspiraciones, ya que no estaban familiarizados con este tipo de operaciones.

Algunos políticos socialistas tienen, por lo contrario, una asombrosa habilidad para combinar los instintos de rebeldía con una potencia electoral. Era natural entonces que a algunas personas se les ocurriera utilizar con un fin político los grandes movimientos de las masas populares.

La historia de Inglaterra nos enseña que más de una vez un gobierno, bastante fuerte como para rechazar enérgicamente los atentados contra las instituciones, retrocedía ante numerosos actos de protesta efectuados en contra de sus proyectos. Parece constituir un principio, admitido en el régimen parlamentario, que las mayorías no se obstinan en mantener o seguir planes que producen violentas manifestaciones en contra.

Es una de las aplicaciones del sistema de compromiso sobre el cual se funda el régimen; ninguna ley es válida cuando la minoría la considera bastante opresiva como para originar una resistencia violenta. Las grandes demostraciones tumultuarias indican que no se está muy lejos de haber arribado al momento en que puede desatarse la rebelión armada; ante tales manifestaciones, los gobiernos prudentes de las buenas tradiciones deben ceder.³

³ El partido clerical creyó poder utilizar la misma táctica para detener la aplicación de la ley relativa a las congregaciones, confiando en que sus violentas manifestaciones harían ceder al Ministro. Este se mantuvo firme, y cabe decir que de ese modo se falseó uno de los resortes esen-

Entre el simple paseo amenazador y el motín, puede tomar su sitio la huelga general política, que sería susceptible de una gran cantidad de variantes: puede ser pacífica y de corta duración, y tener por fin mostrar al gobierno que está desca- minado, y que existen fuerzas capaces de resistírsele; y también puede ser el primer acto de una serie de sangrientas subleva- ciones.

Desde hace algunos años, los socialistas parlamentarios con- fían menos en una conquista rápida de los poderes públicos, y reconocen que su autoridad en las Cámaras no está destina- da a acrecentarse indefinidamente. Cuando no existen circuns- tancias excepcionales que obliguen al gobierno a comprarles su apoyo, su poder parlamentario queda muy disminuido. Por eso es que le resultará muy útil ejercer sobre las mayorías re- calcitrantes una presión exterior, que simule amenazar a los conservadores con un temible motín.

Si existiesen federaciones obreras ricas, bien centralizadas y capaces de imponerles a sus miembros una severa disciplina, los diputados socialistas no hallarían a veces tantos obstáculos para imponer su dirección a sus colegas. Les bastaría aprove- charse de una ocasión propicia a un movimiento rebelde, y paralizar durante varios días un ramo cualquiera de la indus- tria. Más de una vez se pretendió poner así al gobierno entre la espada y la pared mediante un paro en la explotación de las minas⁴ o en el trabajo de los ferrocarriles. Para que dicha táctica pudiera producir todos sus efectos sería preciso que la huelga se iniciara de improviso, a una orden del Partido, y que terminara en el momento en que éste concertara un pacto con el gobierno. De ahí que los políticos sean tan partidarios de centralizar los sindicatos y que hablen con frecuencia de la disciplina.⁵

ciales del régimen parlamentario, pues la dictadura del Parlamento en- cuentra menos obstáculos que antes.

⁴ El Congreso Nacional del guesdismo votó en Lille (1890) una reso- lución por la cual declaraba que la huelga general de los mineros permi- tiría obtener todos los resultados que inútilmente se buscan en un paro de todas las profesiones.

⁵ "Si hay en el Partido campo para la iniciativa individual, las fan- tasías arbitrarias del individuo deben ser descartadas. El reglamento es la

Es muy comprensible que tal disciplina debe sujetar al pro- letariado a su dirección. Las asociaciones descentralizadas y reunidas en Bolsas de Trabajo les ofrecen menores garantías: es por eso que consideran *anarquistas* a todos los que son adep- tos de una sólida concentración de proletariado alrededor de los jefes del Partido.

La huelga general política tiene la inmensa ventaja de no poner en peligro la preciosa existencia de los políticos. Con- stituye un perfeccionamiento de la *insurrección moral* de la que se sirvió La Montaña en mayo de 1793 para hacer que la Con- vención expulsara de su seno a los girondinos. Jaurès, que teme asustar a su clientela de financistas (como los montañeses te- mían asustar a las provincias), admira sobremanera un movi- miento no comprometido por las violencias *aflictivas de la Hu- manidad*;⁶ en consecuencia, no es enemigo irreconciliable de la huelga general política.

Recientes acontecimientos han reforzado mucho la idea de la huelga general política. Los belgas alcanzaron la reforma de la Constitución mediante demostraciones adornadas, quizá ambiciosamente, con el nombre de huelga general. Parece que las cosas no tuvieron la relevancia trágica que a veces se le ha atribuido. Al ministerio no le desagrada imponerle a la Cá- mara un proyecto de ley repudiado por la mayoría, que por ultraclerical tenía en contra a muchos patronos liberales, y se produjo algo muy contrario a una huelga general proletaria, pues los trabajadores secundaron los fines del Estado y de los capitalistas. Después de esa época ya distante, se quiso dar otro empujón al poder central, en pro del establecimiento de un sistema de sufragio más democrático, pero esta tentativa fracasó completamente; esta vez, el ministerio no estuvo im- plícitamente de acuerdo con los promotores para hacer aceptar una nueva ley electoral. Muchos belgas quedaron asombrados de su fracaso y no pudieron comprender cómo el rey no había

salvación del Partido, y debemos aferrarnos fuertemente a él. Es la Con- stitución que nos dimos libremente la que nos une unos con otros, y nos permite vencer o morir juntamente". De este modo hablaba un doctor so- cialista en el Consejo Nacional ("Le Socialiste", 7 de octubre de 1905). Si un jesuita se expresara así, lo atribuirían al fanatismo monacal.

⁶ J. Jaurès, *La Convention*, p. 1384.

despedido a sus ministros para conformar a los socialistas; con anterioridad, había exigido a los ministros clericales su dimisión ante algunas manifestaciones liberales; decididamente, este rey no comprendía nada de sus deberes, y, como se dijo entonces, sólo era un *rey de cartón*.

El experimento belga tiene cierta importancia, ya que nos sirve para comprender bien la oposición extrema existente entre la huelga general proletaria y la de los políticos. Bélgica es uno de los países donde el movimiento sindicalista es más débil: toda la organización del partido se cimenta en la panadería, en la especiería y en la quincallería, explotadas por los comités del Partido; el obrero, habituado desde tiempo atrás a la disciplina clerical, es siempre un *inferior*, que se juzga obligado a seguir las órdenes de individuos que le venden los productos con una ligera rebaja, y que lo colman de arengas católicas o socialistas. No sólo vemos allí el comercio al menudeo convertido en sacerdocio, sino que de Bélgica nos llegó la célebre teoría de los servicios públicos, contra la cual escribió Guesde en 1883 un violento panfleto, y a la que Deville llamaba, en la misma época, la falsificación belga del colectivismo.⁷

Todo el socialismo belga tiende al desarrollo de la industria del Estado, a la constitución de una clase de trabajadores-funcionarios, sólidamente disciplinada bajo la mano férrea de jefes que la democracia aceptaría.⁸ Se comprende que en semejante país se conciba la huelga general en la forma política. Y en tales condiciones, el alzamiento popular debe tener por resultado que el Poder pase de un grupo de políticos a otro

⁷ Deville, *Le Capital*, p. 10.

⁸ Paul Leroy-Beaulieu propuso no hace mucho que se denominase "cuarto estado" al conjunto de los que tienen empleos del Gobierno y "quinto estado" el de los de la industria privada. Dice que los primeros tienden a constituir castas hereditarias ("Débats". 28 de noviembre de 1905). Cuanto más se avance, más se estará preparado para distinguir esos dos grupos, de los cuales el primero constituye una fuerte apoyatura para los políticos socialistas, que quisieran disciplinar y subordinar más a los productores industriales.

grupo de políticos, quedando siempre el pueblo en la categoría de pacífica acémila.⁹

Los recientes trastornos ocurridos en Rusia contribuyeron a popularizar la idea de la huelga general entre los profesionales de la política. Sorprendió a muchos el fruto que dieran los grandes y armónicos paros del trabajo, pero se ignora exactamente cómo ocurrieron las cosas ni qué consecuencias engendraron los tumultos.

Quienes conocen el país afirman que Witte estaba en relaciones con numerosos revolucionarios y le pareció bien que se atemorizara al zar para lograr el alejamiento definitivo de sus rivales y se creasen instituciones que, a juicio suyo, obstaculizarían bastante el retorno al antiguo régimen. Lo admirable es que durante tanto tiempo el gobierno estuviese como paralizado y que la anarquía llegase al colmo en la Administración pública, y que apenas le convino a Witte, por interés personal, actuar con energía, la represión fuera tan rápida. Y ese día llegó (como habían previsto algunos) cuando los financieros notaron la necesidad de aumentar el crédito de Rusia.

No parece verosímil que los alzamientos anteriores alcanzaran la potencia irresistible que se les ha supuesto. "Le Petit Parisien", uno de los periódicos franceses que habían contribuido al sostenimiento de la gloria de Witte afirmaba que la gran huelga de octubre de 1905 terminó a causa de la miseria de los trabajadores. Según el mismo periódico, se *la prolongó un día* con la esperanza de que la secundasen los polacos y obtuvieran concesiones análogas a las logradas por los finlandeses; y "Le Petit Parisien" felicitaba a los polacos por haber sido *bastante prudentes para no moverse*, lo cual habría sido pretexto para un intervención alemana.

No conviene dejarse deslumbrar por ciertos escritos, y con razón Ch. Bonnier formulaba reservas en "Le socialiste" (18 de noviembre de 1905) respecto a los acontecimientos de Ru-

⁹ Ello no obsta para que Vandervelde asimile el mundo futuro a la abadía de Thélème, encomiada por Rabelais, y donde cada uno procedía según su antojo y asegure que aspira a la "comunidad anarquista" (Destrée et Vandervelde: *La socialisme en Belgique*). ¡Oh, la magia de las palabras sonoras!

sia y lo que se figuraban "los sindicalistas puros de Francia". Allá, según él, la huelga había sido un mero coronamiento de una obra muy compleja, uno de los tantos medios empleados, y que triunfó a causa de las circunstancias excepcionalmente favorables en que se produjo.

Este es un detalle que sirve muy bien para distinguir dos clases de movimientos que se designan con el mismo nombre. Hemos estudiado una huelga general proletaria, que es un todo indiviso, y ahora debemos hacer el análisis de una huelga general política, que combina incidentes de rebeldía económica con otros muchos elementos dependientes de sistemas ajenos a la economía. En el primer caso, no debe considerarse ningún detalle aparte; en el segundo, todo depende del arte con que los detalles heterogéneos se combinen. Ahora es necesario examinar aisladamente los partidos, medir su importancia y saber armonizarlos. Da la impresión que un trabajo semejante debiera ser tenido por meramente utópico (o por absurdo del todo) en el concepto de quienes están acostumbrados a oponer tantas objeciones prácticas a la huelga general proletaria; pero si el proletariado, abandonando a sus solas fuerzas, no sirve para nada, los políticos en cambio aprovechan todo. ¿No es acaso un dogma de la democracia que no existe nada por encima del genio de los demagogos para vencer las resistencias que se les oponen?

No me detendré a discutir las probabilidades de éxito que encierra esta táctica, y dejo a los pequeños jugadores de Bolsa que leen "L'Humanité" el cuidado de buscar los medios de impedir que la huelga general política tienda hacia la anarquía. Voy a ocuparme solamente de exponer a la luz la enorme diferencia que existe entre las dos concepciones de la huelga general.

II

Ya hemos visto que la huelga general sindicalista es una construcción que encierra todo el socialismo proletario, ya que no solamente se halla con todos sus elementos reales sino que se los ve agrupados del mismo modo que en la luchas sociales y sus movimientos son los mismos que corresponden

a su esencia. No podemos oponer a esta concepción otro conjunto de imágenes tan perfecto para representar el socialismo de los políticos; no obstante, haciendo de la huelga general política la médula de la táctica de los socialistas que son a la vez revolucionarios y parlamentarios, es posible formarse un juicio exacto de lo que separa a éstos de los sindicalistas.

A — Se reconoce de inmediato que la huelga general política no supone la existencia de una lucha de clases concentrada en un campo de batalla donde el proletariado ataca a la burguesía. La división de la sociedad en dos ejércitos antagónicos desaparece, pues ese tipo de revuelta puede producirse en cualquier estructura social. En el pasado, muchas revoluciones han sido el resultado de una coalición entre grupos descontentos. Los escritores socialistas han expuesto a menudo cómo las clases pobres buscaron su exterminio, en más de una oportunidad, sin otro provecho que afirmar en el poder a determinados señores que utilizaron en beneficio propio, y bastante astutamente, un descontento popular pasajero contra las autoridades antiguas.

Parece que los liberales rusos esperaban que se lograra algo similar en 1905. Le satisfacían mucho el número de los alzamientos ciudadanos y campesinos, y aun se asegura que mostraron alborozo por las derrotas del ejército en la Manchuria,¹⁰ imaginándose que el gobierno, muy amedrentado, acabaría por recabar el auxilio de sus consejos. Como entre ellos había muchos sociólogos, la *pequeña ciencia* hubiese obtenido un hermoso triunfo; pero es muy probable que al pueblo no le llegara otra cosa que la necesidad de ajustarse el cinturón.

Supongo que los capitalistas accionistas de "L'Humanité" no son muy fervientes admiradores de ciertas huelgas más que en razón de parecidos razonamientos. Opinan que el proletariado es muy apto para desbrozar el terreno, y confían, por la experiencia histórica, en que siempre le será posible a un gobierno socialista meter en cintura a los revoltosos. ¿No se

¹⁰ El corresponsal del "Journal des Débats" refiere que los diputados de la Duma felicitaron a un periodista japonés por las victorias de sus compatriotas.

mantienen cuidadosamente las leyes dictadas contra los anarquistas en horas de perturbación? Se las estigmatizaba con el nombre de *leyes infames*; pero pueden servir para proteger a los capitalistas-socialistas.¹¹

B—1º No es exacto afirmar que el sindicalismo revolucionario contiene toda la organización del proletariado. Puesto que la huelga general sindicalista no constituiría enteramente la revolución se crearon otros organismos paralelos de los sindicatos. La huelga es tan sólo un detalle, combinado muy hábilmente con otros incidentes que es preciso saber desencadenar en el momento justo, y por ello, los sindicatos deben recibir su impulso de los comités políticos o, al menos, marchar acordes con los comités que representan la inteligencia superior del movimiento socialista. En Italia, Ferri simbolizó este acuerdo diciendo, de un modo risueño, que el socialismo tenía necesidad de dos piernas. La imagen es de Lessing, quien no sospechaba que pudiera trocarse en un principio de sociología. En la segunda escena de *Minna de Barnhelm*, el mesonero dice a Justo que es una torpeza contentarse con un vaso de aguardiente, pues no se camina bien con una sola pierna, y añade además que las cosas buenas están aterceradas, y que una cuerda de cuatro cabos es más sólida que otra que tenga menos. Ignoro si la sociología logró algún beneficio de estos aforismos, que no desmerecen del que abusa Ferri.

2º Si la huelga general sindicalista evoca la idea de una era de elevado progreso económico, la huelga general política evoca más bien la de una degeneración. La experiencia demuestra que las clases decadentes se dejan embaucar de una manera más fácil que las progresistas por las arengas falaces de los políticos; se deduce, pues, que la perspicacia política de

¹¹ Puede preguntarse también en qué medida los antiguos enemigos de la justicia militar tienden a la supresión de los consejos de guerra. Durante mucho tiempo, los nacionalistas han sostenido, aparentemente con razón, que se los conservaba para no verse obligados a remitir a Dreyfus ante una corte de Asises en caso de que la Corte de Casación ordenara un tercer juicio; un consejo de guerra es acaso más fácil de componer que un jury.

los hombres parece estar ligada fuertemente a las condiciones que determinan su existencia.

Las clases prósperas cometen a menudo grandes imprudencias porque confían demasiado en su fuerza, afrontan el porvenir con excesiva temeridad y se dejan arrebatarse de cuando en cuando por delirios de gloria. Las clases debilitadas se van por lo común con aquellos que les ofrecen la protección del Estado, y no se preocupan de averiguar cómo esta protección podría poner de acuerdo sus intereses discordantes. Entran de buena gana en toda coalición que tenga por fin conquistar los favores gubernamentales, y admiran a los charlatanes que hablan con soltura. El socialismo ha de precaverse mucho para no descender a la categoría de lo que Engels llamaba "un antisemitismo de frases rotundas",¹² y los consejos de Engels no han sido siempre seguidos a ese respecto.

La huelga general política exige que grupos sociales muy diversos tengan la misma fe en la fuerza mágica del Estado. Dicha fe no falta nunca en los núcleos decadentes, y ella permite que los charlatanes pasen por hombres de una universal competencia. Logra una cooperación muy útil en la candidez de los filántropos; y esta candidez es siempre un fruto de la degeneración de las clases ricas. Triunfará tanto más fácilmente cuanto que sólo afronta a capitalistas cobardes y descorazonados.

3º Por ahora no se sabría cómo desentenderse de los planes relativos a la sociedad futura; esos planes que el marxismo ha ridiculizado y que la huelga general sindicalista ha descartado, se convierten en un elemento esencial en el nuevo sistema. La huelga general política no podría proclamarse más que el día en que se haya adquirido la certeza de poseer planes completos para reglamentar la organización futura. Esto es lo que Jaurès ha querido hacer entender en sus artículos de 1901, cuando dijo que la sociedad moderna "retrocederá ante una empresa tan indeterminada y huera (como la huelga sindicalista) como se retrocede ante el vacío".¹³

No faltan algunos abogadillos sin porvenir que han llenado

¹² Engels, *La question agraire et le socialisme*.

¹³ Jaurès, *Études socialistes*, p. 107.

gruesos cuadernos con sus proyectos detallados de organización social. Si nos falta aún el breviario de la revolución que Lucien Herr anunciara en 1900, se sabe, al menos, que existen completísimos reglamentos para el servicio de cuentas de la sociedad colectivista, y aun Tarbouriech estudió modelos de impresos para recomendarlos a la burocracia futura.¹⁴ Jaurès no cesa de lamentar que muchas capacidades hayan de permanecer bajo la obra muerta capitalista, y cree que la revolución depende menos de las condiciones ideadas por Marx que de lo que elucubran los genios ignorados.

C — Ya he señalado lo que tiene de aterradora la revolución concebida a la manera de Marx y de los sindicalistas, y también afirmé importa mucho conservar ese carácter de transformación absoluta e irreformable, pues él contribuye poderosamente a dar al socialismo su alto valor educativo. Esta seriedad de la obra emprendida por el proletariado no le conviene a la frívola clientela de nuestros políticos. Estos desean tranquilizar a la burguesía, prometiéndole no consentir que se entregue el pueblo a sus instintos anárquicos, y le explican que no se piensa de ninguna manera en la supresión de la máquina del Estado. Es por eso que los socialistas prudentes anhelan dos cosas: adueñarse de esta máquina para perfeccionar sus piezas y utilizarlas en provecho de los amigos, y hacer más estable el gobierno, lo cual sería muy ventajoso para los hombres de negocios. Tocqueville observaba que, desde el comienzo del siglo XIX, por haber cambiado tan poco las instituciones administrativas de Francia, las revoluciones no produjeron grandes trastornos.¹⁵ Los financistas socialistas no han leído a Tocqueville, pero comprenden instintivamente que la conservación de un Estado bien centralizado, bien autoritario, bien democrático, ofrece inmensos recursos para ellos,

¹⁴ En *La Ciudad Futura*, de Tarbouriech, hay muchas otras cosas lógicamente serias. Personas que se dicen bien informadas aseguran que Arthur Fontaine, director del Trabajo, tiene en su cartera soluciones asombrosas para la cuestión social, y que piensa revelarlas cuando se retire. Nuestros sucesores le bendecirán por haberles reservado goces que no pudimos disfrutar.

¹⁵ Tocqueville, *L'Ancien Régime et la Révolution*, p. 297.

y los pone al abrigo de la revolución proletaria. Las transformaciones que pueden realizar sus amigos, los socialistas parlamentarios, han de ser muy limitadas, y siempre resultará posible, gracias al Estado, corregir las imprudencias cometidas.

La huelga general sindicalista separa del socialismo a los financieros que buscan aventuras; en cambio, les halaga la huelga política, porque sobrevendría en circunstancias favorables al poder de los políticos, y en consecuencia, a las operaciones de sus aliados en las finanzas.¹⁶

Marx supone, de acuerdo con los sindicalistas, que la revolución será absoluta e irrevocable, por ser efecto suyo el sobre llevar las fuerzas productivas a manos de los *hombres libres*, capaces de actuar sin amos en el taller creado por el capitalismo. Tal concepción no les conviene a los financieros ni a los políticos que éstos sostienen, ya que unos y otros sólo sirven para ejercer la noble profesión de amos. De ahí que en todos los estudios referentes al *socialismo culto* se reconozca que divide la sociedad en dos clases: una, que forma un núcleo selecto, organizado como partido político, que se impone como misión discurrir por cuenta de una masa no pensante, y se juzga con admiración por querer hacerle compartir sus luces superiores.¹⁷ La otra, es el conjunto de los productores. La *élite* política no tiene otra profesión que la de emplear su inteligencia y encuentra muy acorde con los principios de

¹⁶ El "Avent-Garde" (La Vanguardia) del 29 de octubre de 1905 trae una ponencia de Lucien Rolland dirigida al Consejo Nacional del Partido Socialista Unificado, concerniente a la elección, en Florac, de Louis Dreyfus, especulador en granos y accionista de "L'Humanité". "Tuve el inmenso dolor —dice Rolland— de oír cómo uno de los *reyes de nuestra época* protestaba contra nuestra Internacional, nuestra bandera roja y nuestros principios, gritando: "¡Viva la República social!" Aquellos que sólo conozcan esta elección por la noticia oficial inserta en "Le socialiste" del 28 de octubre de 1905, habrán formado, respecto a ella, un juicio por demás falso. Desconfiemos de los documentos oficiales socialistas. Páreceme que en lo del proceso Dreyfus no camuflaron tanto la verdad los adeptos del Estado Mayor como en esta ocasión lo hicieron los socialistas oficiales.

¹⁷ Los *intelectuales* no son, como se dice a menudo, los hombres que piensan, sino las gentes que tienen como *profesión pensar* y reciben *salario aristocrático* a causa de la nobleza de su profesión.

la Justicia inmanente (de la cual es propietaria) que el proletariado trabaje para mantenerla y permitirle hacer una vida que no se parece en absoluto a la de los ascetas.

Tan evidente es la división que casi no se procura ocultarla: los elementos oficiales del socialismo hablan del Partido como de una entidad que posee vida propia. En el Congreso socialista internacional de 1900, se precavió al Partido contra los riesgos de una política capaz de separarlo mucho del proletariado, pues es necesario que inspire confianza a las masas si es que desea contar con ellas el día del combate.¹⁸

El mayor reproche que Marx dirigía a sus adversarios de la Alianza radicaba precisamente en esta separación de directores y dirigidos que restauraba el Estado¹⁹ y que hoy es tan notoria en Alemania y otras partes.

III

A — Vamos a ahondar ahora en el análisis de las ideas que se relacionan con la huelga política, examinando, ante todo, en qué se convierte la noción de clases.

1º Las clases ya no podrán definirse por el sitio que sus miembros ocupan en la producción capitalista, pues se vuelve a la añeja división en grupos de ricos y pobres, que es como se le mostraban las clases a los antiguos socialistas, afanosos por lograr la reforma de las iniquidades existentes en la distribución actual de la riqueza. Los católicos sociales se sitúan sobre el mismo terreno y desean mejorar la suerte de los pobres, no solamente por la caridad, sino por una serie de instituciones destinadas a atenuar los sufrimientos causados por la

¹⁸ Vaillant dijo, por ejemplo: "Puesto que ha de librarse esta gran batalla, ¿creéis que podríamos vencer si no tuviéramos al proletariado a nuestra espalda? Es preciso que lo tengamos, y no lo tendremos si se la desalienta. Si se le hace ver que el Partido no representa ya sus intereses, no representa tampoco la lucha de la clase obrera contra la capitalista" ("Cahiers de la Quinzaine", 16 de la II serie, págs. 150 a 160). Dicho fascículo contiene la reseña taquigráfica del congreso.

¹⁹ *L'Alliance de la démocratie socialiste et l'Association internationale des travailleurs*, p. 14.

economía capitalista, y a lo que parece, aún se juzgan así las cosas en aquellas regiones donde se admira a Jaurès como profeta. Alguien me ha dicho que este prohombre intentó convertir a Buisson en socialista recurriendo a sus bondadosos instintos, y que ambos augures tuvieron un divertido coloquio con respecto a la manera de *corregir las faltas* de la *sociedad*.

La masa cree que los sufrimientos que padece son el inicuo fruto de un pasado lleno de violencia, ignorancia y maldad. Confía en que el *genio de sus jefes* ha de tornarla menos desdichada, y cree que una democracia libre podrá sustituir a una jerarquía perversa con otra jerarquía benéfica.

Los dirigentes que mantienen a sus partidarios en esta dulce ilusión ven el mundo desde un panorama completamente distinto. La organización social de nuestro tiempo los subleva en la medida en que les crea obstáculos a su ambición. Les indigna menos por la existencia de las clases que por la imposibilidad en que se encuentran de lograr las posiciones adquiridas por sus antecesores; y el día en que logran penetrar lo suficiente en los santuarios del Estado, en los salones, en los lugares de placer, cesan por lo general de ser revolucionarios y hablan doctamente de la evolución.

2º Es entonces cuando el sentimiento de revuelta que permanece latente entre las clases pobres se teñirá de una envidia feroz. Nuestros periódicos democráticos alimentan semejante pasión con arte sutil, pensando que es el medio ideal para entontecer a sus lectores y conservarla. Explotan los escándalos que ocurren en los medios opulentos, y educan a sus lectores para que experimenten un salvaje placer viendo cómo la vergüenza penetra en los hogares de los poderosos. Con un impudor que a veces no deja de asombrar, pretenden servir de ese modo a la causa de la moral superior que les es tan querida como el bienestar de las clases y la propia libertad! Pero es probable que sus intereses sean los móviles únicos de sus actos.²⁰

²⁰ De paso, anotaré aquí que "Le Petit Parisien", el tan importante órgano de la política de reformas sociales, se apasionó por las penurias de la princesa de Sajonia y del encantador maestro Girón. Dicho periódico

Los celos son un sentimiento que parece propio de los seres pasivos. Los dirigentes tienen sentimientos activos, y la envidia se les trueca en ansia de llegar a todo evento a las más envidiadas posiciones, apartando de cualquier modo a quienes estorban su marcha. En la política no existen más escrúpulos que en los deportes; la experiencia muestra a diario la audacia con que los competidores de las carreras de todo género corrigen los azares desfavorables.

3º La *masa dirigida* no tiene más que una noción muy vaga y prodigiosamente ingenua de los medios que pueden servir para mejorar su suerte. Los demagogos le hacen creer con harta facilidad que el mejor recurso consiste en servirse de la fuerza del Estado para *fastidiar* a los ricos. Se pasa así de los celos a la venganza, y ya se sabe que la venganza es un sentimiento de extraordinario poder, sobre todo entre los seres débiles. La historia de las ciudades griegas y de las repúblicas italianas de la Edad Media está colmada de leyes fiscales tremendamente opresivas para los ricos, y que contribuyeron no poco a la caída de esos gobiernos. En el siglo XV, Eneas Silvio (el futuro Papa Pío II) advertía con asombro la extraordinaria prosperidad de las ciudades comerciales de Alemania y la libertad de que en ella gozaban los burgueses, que en Italia eran perseguidos.²¹ Si se ahonda en la política social contemporánea, ha de advertirse que está asimismo llena de ideas de envidia y de venganza. Muchas reglamentaciones tienen por fin más el suministro de medios para fastidiar a los patronos que mejorar la situación de los obreros. Cuando los clericales son los más débiles en un país, nunca dejan de recomendar que se adopten medidas de severa reglamentación para vengarse de los patronos francmasones.²²

dico, tan preocupado por moralizar al pueblo, no logra comprender cómo un marido engañado se empeña en no recibir de nuevo a su esposa. El 14 de setiembre de 1906 decía que ella "riñó con la moral vulgar", y de ahí puede deducirse que la del "Petit Parisien" no puede ser banal.

²¹ Jansen: *L'Allemagne et la Réforme*, trad. franc., t. I, p. 361.

²² La aplicación de las leyes sociales da lugar, por lo menos en Francia, a muy singulares desigualdades de trato. Las persecuciones judiciales dependen de las condiciones políticas... o financieras. Ha de recordarse la aventura de ese gran sastre que fue condecorado por Millerand, y

Los dirigentes logran numerosas ventajas con tales procedimientos: amedrentan a los ricos y los explotan en provecho propio. Vociferan como nadie contra los privilegios de la fortuna y saben adquirir cuantos goces proporciona ésta. Sirviéndose de los malos instintos y de la estupidez humana, realizan la curiosa paradoja de hacer que el pueblo aplauda la desigualdad de condiciones en nombre de la igualdad democrática. Sería imposible comprender los triunfos de los demagogos, desde la época de Atenas hasta la Nueva York de hoy, si se prescindiese de la fuerza extraordinaria que posee la idea de venganza para oscurecer el raciocinio.

No creo que existan medios apropiados para suprimir tan nefasta influencia de las demagogias, aparte de los que pueda emplear el socialismo propagando la noción de la huelga general proletaria. Ella vivifica en lo íntimo un sentimiento de lo sublime conjuntamente con las condiciones de una lucha gigantesca; hace descender al último lugar el deseo de satisfacer la envidia por la maldad, y coloca en lugar preferente el orgullo del hombre libre, poniendo así al obrero en seguro contra el charlatanismo de los dirigentes ambiciosos y ávidos de goces.

B—Las enormes diferencias que separan las dos huelgas generales (o los dos socialismos) se muestran todavía más claras cuando se relacionan las luchas sociales y la guerra, susceptible también de dar origen a dos sistemas opuestos, con lo cual puede decirse respecto a ella las cosas más contradictorias, basándose asimismo en hechos incoherentes.

Puede considerársela desde el punto de vista noble, es decir, como la miraron los poetas, que elogiaron los ejércitos particularmente ilustres. Procediendo así, tenemos que: 1º) La idea de que la profesión de las armas no puede ser comparada con ninguna otra —pues coloca al hombre que la abraza en una categoría superior a las condiciones comunes de la vida—, y la de que la Historia descansa por entero en las aventuras de los guerreros, de modo que la Economía sólo existe para

contra el cual se habían dirigido numerosos procesos verbales por infracción a las leyes sobre protección de los obreros.

mantenerlos. 2º) El sentimiento de la gloria, que Renán considera justamente como una de las creaciones más notables y poderosas del género humano, y que reviste valor incomparable en la Historia.²³ Y 3º) El deseo ardiente de probarse en los grandes combates, de experimentar un acto merced al cual el oficio de las armas afirma su superioridad, y conquistar la gloria con riesgo de la existencia.

No necesito reclamar una excesiva atención de los lectores sobre esos caracteres para mostrarles el cometido que tuvo en la Grecia antigua la concepción de la guerra. Toda la historia clásica está dominada por la guerra concebida heroicamente; las instituciones de las repúblicas griegas tuvieron, en su origen, y por base, la organización de ejércitos de ciudadanos; el arte griego alcanzó su apogeo en las ciudadelas; los filósofos no concebían otra educación que la encaminada a conservar las tradiciones heroicas de la juventud, y al aplicarse a reglamentar la música aspiraban a impedir que se desarrollasen sentimientos extraños a aquella disciplina; se forjaron las utopías sociales con el propósito de tener un núcleo de guerreros homéricos en las ciudades, etcétera. En nuestros tiempos, las guerras de la Libertad * no han sido menos fecundas en ideas que las de los antiguos griegos.

Hay otro aspecto de la guerra que carece en absoluto de nobleza y en el cual insisten constantemente los pacifistas.²⁴ La guerra no tiene sus fines en ella misma; tiene por objeto permitir que los políticos satisfagan sus ambiciones: es preciso conquistar a costa del extranjero, para procurarse grandes ventajas materiales e inmediatas. Es preciso también que la victoria dé al partido que dirigió el país durante las épocas de triunfo, tal preponderancia que él pueda permitirse distribuir muchos favores a sus adeptos. En suma, se espera que el prestigio de la victoria embriagará de tal modo a los ciudadanos que no adviertan los sacrificios que se les impone y

²³ Renan, *Histoire du peuple d'Israel*, tomo IV, págs. 199-200.

* Cada vez que Sorel alude a las guerras de la Libertad, debe entenderse las guerras napoleónicas.

²⁴ La base del libro de Proudhon sobre *La Guerra y la Paz* es la distinción entre ambos aspectos de la guerra.

se entreguen a concepciones entusiastas de lo porvenir. Sometido al influjo de semejante estado espiritual el pueblo permite fácilmente que el gobierno desarrolle su organismo de un modo arbitrario, y así, toda conquista exterior puede ser considerada como matriz de una conquista interior, hecha por el Partido que usufructúa el poder.

La huelga general sindicalista tiene las más grandes analogías con el primer sistema de guerra: el proletariado se organiza para la batalla, separándose netamente de los otros partidos de la nación, y considerándose el gran motor de la Historia, subordinando las consideraciones sociales a las de la lucha. Tiene claro concepto de la gloria que debe unirse a su papel histórico y del heroísmo de su actitud militante, y de su bravura. Como no intenta conquistas, no necesita de planes para utilizar sus victorias: cuenta con expulsar a los capitalistas del dominio productivo y ocupar de nuevo su sitio en el taller creado por el capitalismo.

Esta huelga general señala de un modo muy claro su indiferencia por los beneficios materiales de la conquista, y afirma que sólo se propone suprimir el Estado. Fue el Estado, efectivamente, el organizador de la guerra de conquista, el otorgador de sus frutos y la razón de ser de los grupos dominantes que se benefician de todas las empresas, cuyas cargas gravitan sobre el conjunto de la sociedad.

Los políticos se sitúan en otro punto de vista. Discurren acerca de los conflictos sociales exactamente de la misma manera que los diplomáticos razonan respecto a los asuntos internacionales. Les interesa muy poco el aparato propiamente guerrero de los conflictos, y no ven en los combatientes sino instrumentos. El proletario es su arma, y le profesan el mismo cariño que un administrador colonial tiene a las cuadrillas con que somete muchos negros a su antojo. Se ocupan en entrenarlo, porque están apremiados por ganar rápidamente los grandes combates que deben poner al Estado en sus manos, y mantienen el ardor de sus hombres como se mantuvo siempre el ardor de las tropas mercenarias: con exhortaciones al próximo pillaje, con instigaciones al odio y también con los menudos favores que el poder les otorga, y que consisten en el reparto de algunos cargos políticos. Pero el proletariado es

para ellos *carne de cañón* solamente, como decía Marx en 1873.²⁵ El reforzamiento del Estado ocupa la base de todas sus concepciones. Los políticos, en sus organizaciones actuales, preparan ya los cuadros de un poder fuerte, centralizado y disciplinado, que no será molestado por las críticas de la oposición, pues sabrá imponer el mutismo y podrá mentir por decreto.

C — Con frecuencia, los literatos socialistas hablan de una *literatura del proletariado*, que ha de llegar en el futuro y acerca de la cual no se molestan en explicarse. Algunas veces esta fórmula es perfeccionada, y se agrega el epíteto *impersonal* al sustantivo *dictadura*, sin que ese progreso aclare mucho la cuestión. Hace años dijo Bernstein que la mencionada dictadura sería probablemente la de “oradores de club y literatos”,²⁶ y juzgaba que los socialistas de 1848 pensaron, al referirse a esta dictadura, en una imitación de 1793, “un poder central dictatorial y revolucionario, sostenido por la dictadura terrorista de los clubes revolucionarios”; lo aterraba tal perspectiva y, a decir suyo, no habló con un solo obrero que no desconfiase de lo porvenir.²⁷ Por ello creyó que debía sustentar la política y la propaganda socialistas en una concepción más evolucionista de la sociedad moderna. Su análisis me parece insuficiente.

En la dictadura del proletariado nosotros podemos hallar, en principio, un recuerdo del Antiguo Régimen. Durante mucho tiempo dominó a los socialistas la idea — que juzgo la más falsa

²⁵ *L'Alliance de la démocratie socialiste*, p. 15. Marx censuraba a sus adversarios por inspirarse en prácticas bonapartistas.

²⁶ El pensamiento de Bernstein se relaciona evidentemente con un artículo célebre de Proudhon, del cual cita un fragmento en la página 47 de su libro. El artículo mencionado termina con imprecaciones contra los intelectuales. “Entonces sabréis lo que es una revolución provocada por abogados, efectuada por artistas, dirigida por novelistas y poetas. Nerón fue artista, artista lírico y dramático, amante apasionado del ideal, adorador de lo antiguo, coleccionista de medallas, turista, poeta, orador, espadachín, sofista, un don Juan, un Lovelace, un gentil-hombre muy ingenioso, fantasista, simpático, en el que desbordaba la vida y la voluptuosidad. Por ello fue Nerón” (“Representant du peuple”, 29 de abril de 1848).

²⁷ Bernstein: *Socialisme théorique et socialdémocratie pratique*, págs. 298 y 226.

y peligrosa de todas — de que era necesario asimilar el capitalismo al régimen feudal. Se imaginaban que el feudalismo nuevo desaparecería bajo la influencia de fuerzas análogas a las que aniquilaron aquel régimen. El feudal sucumbió a los golpes de un poder muy fuerte, centralizado y convencido de haber recibido de Dios la misión de emplear medidas excepcionales contra el mal. Los reyes del nuevo modelo²⁸ que establecieron el derecho monárquico moderno, resultaron despotas terribles, carentes de escrúpulos. Pero muchos buenos historiadores los absuelven de sus violencias, quizá por haber escrito en tiempos en que la anarquía feudal, las costumbres bárbaras de los antiguos nobles y su falta de cultura, unidos a una falta de respeto por los ideólogos del pasado,²⁹ aparecen como crímenes contra los cuales la fuerza real tuvo el deber de obrar con energía. Cuando se habla ahora de la dictadura del proletariado, se aspira, indudablemente, a tratar con idéntico vigor real a los jefes del capitalismo.

Más tarde, la realeza abandonó su postura despótica y sobrevino el gobierno constitucional. También se admite que la dictadura del proletariado deberá atenuarse al cabo, y desaparecer para hacer lugar, finalmente, a una *sociedad anarquista*; pero se ha olvidado de explicarnos cómo podrá producirse esto. El despotismo real no se desmoronó por sí solo o por bondad de los soberanos; habría que ser muy ingenuo para suponer que las gentes que se benefician de la dictadura demagógica abandonarían fácilmente sus ventajas.

Lo que Bernstein ha reconocido claramente es que la dictadura del proletariado corresponde a cierta división de la sociedad en amos y servidores; pero es extraño que no se haya dado cuenta de que la idea de la huelga política (que él acepta hoy en cierta medida) se vincula, del modo más estrecho, con la dictadura de los políticos, a la que tanto teme. Los

²⁸ Véase Gervino: *Introduction à l'Histoire du XIXe. siècle*, trad. franc., p. 27.

²⁹ La historia del Papado es un serio obstáculo para los escritores modernos; algunos le son fundamentalmente hostiles porque odian el cristianismo; pero muchos absuelven las faltas mayores de la política papal en la Edad Media, debido a la simpatía que les impulsa a admirar cuantas tentativas hicieron los ideólogos para tiranizar el mundo.

hombres capaces de organizar al proletariado como un ejército, siempre pronto para cumplir sus órdenes, serían generales, que establecerían el estado de sitio en la sociedad conquistada. De ese modo tendríamos entonces, una vez terminada la revolución, una dictadura ejercida por todos los políticos que han constituido ya un grupo compacto en el mundo actual.

Ya recordé anteriormente lo que Marx dijo de los que restauran el Estado, creando un embrión de sociedad futura de aamos en la sociedad contemporánea. La historia de la revolución francesa nos ilustra sobre la forma en que ocurren las cosas. Los revolucionarios adoptan tales disposiciones que su personal administrativo está pronto para adueñarse bruscamente de la autoridad ni bien el personal antiguo abandone el lugar, de modo que no haya ninguna solución de continuidad en la dominación. Nada iguala la admiración de Jaurès por esas operaciones, que él recoge en su *Histoire socialiste*, de las cuales no comprende perfectamente el sentido pero sí adivina la analogía con sus propias concepciones de revolución social. La endebles de los hombres de esa época fue tan grande que a veces la sustitución del viejo personal por el nuevo revistió caracteres bufonescos. Hallamos entonces un Estado supernumerario (un Estado *postizo para emplear* una expresión de la época), que se organiza paralelamente al Estado legal, que se considera como un poder *legítimo* antes de devenir un poder *legal* y aprovecha el menor incidente para tomar el gobierno que abandonan las débiles manos de las autoridades constituidas.³⁰

³⁰ Una de las comedias divertidas de la Revolución es la que narra Jaurès en *La Conventicn*, págs. 1386-1388. En mayo de 1793 se estableció en el Obispado un comité insurreccional que constituía un "Estado postizo", y que el 31 del mismo mes se dirigió a la Comuna declarando que el pueblo de París retiraba sus poderes a las autoridades constituidas. Como el consejo general de la Comuna carecía de medios de defensa, "le fue preciso ceder", pero lo hizo con un empaque trágico: discursos solemnes, abrazos generales "para demostrar que no existía despecho y amor propio en los unos ni orgullosa dominación en los otros". En fin, la payasada se terminó con un decreto que reintegraba en sus funciones al Consejo recién disuelto. Jaurès emplea aquí conceptos encantadores: el comité revolucionario "desligaba (la autoridad legal) de todas las trabas de la legalidad". Esta bella reflexión es reproducción del

La adopción de la bandera roja constituye uno de los episodios más singulares y típicos de la época. La mencionada insignia se empleó en tiempos de desórdenes, para advertir que se iba a aplicar la ley marcial; y el 10 de agosto de 1792 se convirtió en el símbolo revolucionario, para proclamar 'la ley marcial del pueblo contra los rebeldes del poder ejecutivo'. Jaurès comenta este hecho en los siguientes términos: "Somos nosotros, el pueblo, los que estamos dentro del derecho... No somos rebeldes. Los rebeldes están en las Tullerías y, contra los facciosos de la Corte y del moderantismo, nosotros retomamos, en nombre de la Patria y de la libertad, la bandera de las represiones legales".³¹

Así los insurgentes comenzaron por proclamarse poseedores del poder legítimo; combaten un Estado que no tiene más que una apariencia de legalidad y toman la bandera roja para simbolizar el restablecimiento del orden verdadero por la fuerza. Vencedores, trataron a los vencidos de conspiradores y pidieron que se castigasen sus complots. La verdadera conclusión de tan hermosa ideología debía ser la masacre de los prisioneros de setiembre.

Todo esto es perfectamente sencillo, y la huelga política general se iba a desarrollar produciendo acontecimientos similares. Para que tal huelga sea un éxito, es preciso que el proletariado se haya metido muy adentro en los sindicatos, que reciben su impulso de los comités políticos. Así se forma una organización completa dependiente de hombres que van a tomar el gobierno, y sólo será entonces necesario una transmutación en el personal del Estado. La organización del *Estado postizo* debería ser más completa que la de la Revolución, porque la conquista del Estado por la fuerza no parece tan fácil de realizar como antes. Pero el principio sería el mismo. Se podría suponer además que operándose hoy de un modo más perfecto, la trasmisión de la autoridad gracias a los recursos nuevos que facilita el régimen parlamentario, y hallándose el proletariado sólidamente encuadrado en los sindicatos oficia-

famoso dicho de los bonapartistas: "Salir de la legalidad para entrar en el derecho".

³¹ Jaurès, *Legislative*, p. 1288.

les, veríamos a la revolución social acabar en una maravillosa esclavitud.

IV

El estudio de la huelga política nos lleva a comprender mejor una distinción que es menester tener presente en el espíritu cuando se medita sobre las cuestiones sociales contemporáneas. Los términos *fuerza y violencia se emplean indistintamente* al hablar de los actos de la autoridad como de los actos insurreccionales. Está claro que los dos casos dan lugar a consecuencias muy diferentes. Estimo que habría una gran ventaja en adoptar una terminología que no diera lugar a la menor ambigüedad y que sería menester reservar la palabra *violencia* para la segunda acepción. Diríamos entonces que la fuerza tiene por objeto imponer la organización de un cierto orden social en el cual una minoría es la que gobierna, en tanto que la violencia tiende a la destrucción de ese orden. La burguesía ha empleado la fuerza desde el principio de los tiempos modernos, en tanto que el proletariado reacciona sólo ahora contra ella y contra el Estado por medio de la violencia.

Hace mucho tiempo que estoy convencido que importaría mucho profundizar la teoría de las potencias sociales que pueden compararse en gran extensión con las fuerzas de la dinámica que actúan sobre la materia; pero no había podido advertir la distinción capital, de que aquí se trata, antes de haber reflexionado sobre la huelga general. Por otra parte, no me parece que Marx haya examinado jamás otras presiones sociales aparte de las de la fuerza. En los *Saggi di critica del marxismo* busqué hace algunos años resumir las tesis marxistas acerca de la adaptación del hombre a las condiciones del capitalismo, y presenté esas tesis de la manera siguiente, en las páginas 38-40:

“1º Hay un sistema de algún modo mecánico, en el cual el hombre parece sometido a verdaderas *leyes naturales*. Los economistas clásicos sitúan en el origen este automatismo, que es el último producto del régimen capitalista. ‘Se forma —dice Marx—³² una clase cada vez más numerosa de trabajadores

³² *Capital*, tomo I, p. 327, col. 1.

que, merced a la educación, a la tradición, al hábito, sufren las exigencias del régimen tan espontáneamente como el cambio de las estaciones’. La intervención de una voluntad inteligente en la coerción aparece como una excepción;

“2º) Hay un régimen de emulación y de gran competencia, que impele a los hombres a apartar los obstáculos tradicionales, a buscar constantemente lo nuevo y a imaginar condiciones de vida que les parezcan mejores. La burguesía —según Marx— sobresale especialmente en esa tarea;

“3º) Existe el régimen de la violencia, que desempeña un papel muy importante en la historia y que reviste muchas formas distintas:

“a) Muy abajo, existe una violencia dispersa, que se parece a la competencia vital, que obra por medio de las condiciones económicas y que opera una expropiación lenta pero segura; tal violencia se manifiesta sobre todo con la ayuda de los regímenes fiscales.³³

“b) En seguida viene la fuerza concentrada y organizada del Estado que obra directamente sobre el trabajo, “para regular el salario, es decir, para deprimirlo hasta niveles de conveniencia, para prolongar la jornada de trabajo y mantener al trabajador mismo en un grado de dependencia que se quiere; he aquí un momento esencial de la acumulación primitiva”.³⁴

“c) Tenemos, finalmente, la violencia propiamente dicha, que ocupa un lugar tan grande en la historia de la acumulación primitiva y que constituye el objeto principal de la historia.”

No serán inútiles aquí algunas observaciones complementarias.

Es menester, ante todo, que los movimientos mencionados se sitúen en una escala lógica, partiendo de los estados que recuerdan más un organismo y en los cuales no aparece ningun-

³³ Marx hace observar que en Holanda el impuesto fue empleado para encarecer artificialmente los artículos de primera necesidad. Esto fue la aplicación de un principio de gobierno: este régimen ejerció una acción deletérea sobre la clase obrera y arruinó al campesino, al artesano y a otros elementos de la clase media; pero aseguró una perfecta sumisión del obrero al patrón de las manufacturas (*El Capital*, tomo I, p. 338, col. 2).

³⁴ *Le Capital*, tomo I, p. 327, col. 1.

na voluntad distinta, para ir hacia los estados en que las voluntades exponen sus meditados planes: pero el orden histórico es totalmente contrario a éste.

En los orígenes de la acumulación capitalista hallamos hechos históricos bien definidos, que aparecen cada uno en su tiempo, con caracteres propios y en condiciones bien marcadas como para que se los inscriba en las crónicas. Así es como aparece la expropiación de los campesinos y la supresión de la antigua legislación que había constituido "la servidumbre y la jerarquía industrial". Marx agrega: "La historia de esta expropiación no es materia de conjeturas: está inscrita en los anales de la humanidad en letras de sangre y de fuego indelebles".³⁵

Más adelante Marx nos hace ver cómo la aurora de los tiempos modernos fue señalada por la conquista de América, la esclavitud de los negros y las guerras coloniales: "Los diversos métodos de acumulación primitiva que la era capitalista hace germinar, se reparten primeramente y por orden más o menos cronológico entre Portugal, España, Francia e Inglaterra, hasta que esta última los combina a todos en el último tercio del siglo xvii, en un conjunto sistemático, que abarca a la vez el régimen colonial, el crédito público, la finanza moderna y el sistema proteccionista. Algunos de esos métodos reposan en el empleo de la fuerza brutal; pero todos, sin excepción, explotan el poder del Estado, la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, a fin de precipitar violentamente el tránsito del orden económico feudal al orden económico capitalista, y abreviar las fases de transición". Aquí es donde Marx compara la fuerza con una comadrona y dice que ella multiplica el movimiento social.³⁶

Es así como vemos mezclarse las potencias económicas, de

³⁵ *Capital*, tomo I, p. 315.

³⁶ *Capital*, tomo I, p. 336, col. 1. El texto alemán dice que la fuerza es *oekonomische Potenz* (*Kapital*, 4ª edición, p. 716). El texto francés trae: *la fuerza es un agente económico*. Fourier llama *potenciales* a las progresiones geométricas (*Nouveau monde industriel et sociétaire*, p. 378). Evidentemente Marx empleó la palabra *Potenz* en el sentido de multiplicador. Véase en *El Capital*, p. 176, el concepto: *trabajo potenciado*, por trabajo de productividad multiplicada.

una manera estrecha, con la potencia política y finalmente perfeccionarse el capitalismo a tal punto que no necesita servirse de la fuerza pública de modo directo, salvo en casos muy raros. "En el curso ordinario de las cosas, el trabajador puede ser abandonado a la acción de las *leyes naturales* de la sociedad, es decir, a la dependencia del capital, engendrado, garantido y perpetuado por el mecanismo de la producción".³⁷

Cuando se llega al último término histórico, la acción de las diferentes voluntades desaparece y el conjunto de la sociedad se parece a un cuerpo organizado, funcionando por sí solo; entonces, los observadores pueden fundar una ciencia económica que les parece tan exacta como las ciencias de la naturaleza física. El error de muchos economistas ha consistido en no ver que este régimen, que les parece natural o primitivo,³⁸ es el resultado de una serie de transformaciones que no se hubieran podido producir, y cuya combinación conserva su inestabilidad característica, pues aquello que engendró la fuerza, la fuerza puede destruirlo. La literatura económica contemporánea está, por otra parte, colmada de quejas relativas a las intervenciones del Estado, perturbadoras de las *leyes naturales*.

Actualmente, los economistas están poco dispuestos a creer que el respeto a esas *leyes naturales* se puede imponer en razón del respeto debido a la naturaleza; advierten claramente que se ha llegado tardíamente al régimen capitalista, pero estiman que se ha llegado a él por un progreso que debería encantar el alma de los hombres ilustrados. Este progreso se traduce, en efecto, por tres hechos notables: se ha hecho posible constituir una ciencia de la economía; el derecho puede lograr las fórmulas más sencillas, más seguras, más hermosas, ya que el derecho de las obligaciones domina todo el capitalismo avanzado. Los caprichos de los dueños del Estado no son tan visibles, y de ese modo se marcharía hacia la libertad... Toda

³⁷ *Capital*, tomo I, p. 327.

³⁸ *Natural*, en el sentido marxista, es lo que se parece a un movimiento físico, lo que se opone a la creación de una voluntad inteligente. Para los deístas del siglo xviii, *natural* era lo creado por Dios y al mismo tiempo primitivo y excelente. Este es aún el punto de vista de G. de Molinari.

vuelta al pasado les parece ser un ataque a la ciencia, al derecho y la dignidad humana.

El socialismo considera esta evolución como una historia de la fuerza burguesa, y sólo ve modalidades allí donde los economistas piensan descubrir heterogeneidades. Aunque la fuerza tome el aspecto de actos históricos coercitivos o de opresión fiscal, de conquista y de legislación del trabajo, o que la abarque por entero la Economía, siempre se trata de la fuerza burguesa en acción para producir el orden capitalista.

Marx se dedicó minuciosamente a describir los fenómenos de esta evolución; pero fue muy parco en detalles sobre la organización del proletariado. Esta laguna de su obra fue explicada a menudo; él encontraba en Inglaterra, sobre la historia del capitalismo, una enorme masa de materiales bastante bien clasificados y sometidos ya a las discusiones económicas, y podía entonces profundizar las diversas particularidades de la evolución burguesa. Pero no tuvo muchos elementos para razonar sobre la organización del proletariado. Debió entonces contentarse con explicar en fórmulas muy abstractas la idea que se hacía del camino que aquél debía recorrer para arribar a la hora de la lucha revolucionaria. Esta insuficiencia de Marx tuvo por consecuencia hacer desviar al marxismo de su verdadera naturaleza.

Aquellas personas que se jactaban de ser marxistas ortodoxos no quisieron añadir nada esencial a lo que había escrito su maestro, y creyeron que debían utilizar, para reflexionar sobre el proletariado, lo que habían aprendido en la historia de la burguesía. No sospecharon que había que establecer una diferencia entre la *fuerza* que se encamina hacia la autoridad y busca de lograr una obediencia automática, y la *violencia* que quiere quebrar esta autoridad. Según ellos, el proletariado debe adquirir la fuerza como la adquirió la burguesía, y servirse como ella se ha servido y arribar a un Estado socialista que reemplace al Estado burgués.

Como el Estado fue quien desempeñó un papel de primer orden en las revoluciones que suprimieron la antigua economía, es aún el Estado el que deberá suprimir al capitalismo. Los trabajadores deben entonces sacrificar todo a un único fin:

llevar al poder a hombres que les prometan solemnemente liquidar al capitalismo en provecho del pueblo; es así como se forma un partido socialista parlamentario. Antiguos militantes socialistas que desempeñan cargos modestos, burgueses letrados, ligeros y ansiosos de ruido y especuladores de Bolsa, imaginan que una Edad de Oro podría nacer para ellos luego de una revolución prudente, bien prudente, que no hiera gravemente al Estado tradicional. Esos futuros dueños del mundo sueñan muy naturalmente con reproducir la historia de la fuerza burguesa y se organizan para hallarse preparados para sacar el mayor provecho posible de esta revolución. Un grupo considerable de clientes podrían integrar la nueva jerarquía, y eso que Paul Leroy-Beaulieu denomina el "Cuarto Estado" se convertiría en verdad en una *baja burguesía*.³⁹

Todo el porvenir de la democracia puede depender de la *burguesía inferior*, que espera servirse en provecho propio, de la fuerza contenida en las organizaciones verdaderamente proletarias.⁴⁰ Los políticos creen que esa burguesía mostrará siempre tendencias pacíficas, que es susceptible de ser disciplinada y que al comprender como ellos la acción del Estado, los jefes de tan prudentes sindicatos, han de formar como clase una excelente clientela. Su deseo es que le sea útil para gobernar al proletariado, y es por eso que Buisson y Jaurès son partidarios de los sindicatos de pequeños funcionarios que, al entrar en las Bolsas de Trabajo, inspirarían al proletariado la idea de imitar su actitud incolora y pacífica.

³⁹ En un artículo de "El Radical" (2 de enero de 1906), Ferdinand Buisson dice que las categorías de los trabajadores actualmente más favorecidos continuarán elevándose por encima de los demás. Los obreros de las minas, los ferroviarios, los trabajadores del Estado o de los servicios municipales, que están perfectamente organizados, forman una "aristocracia obrera", que triunfa más fácilmente cuando tiene que discutir con agrupaciones que hacen "profesión de reconocer los derechos del hombre, la soberanía nacional, la autoridad del sufragio universal". Bajo este galimatías se encuentra, muy simplemente, el reconocimiento de las relaciones que existen entre los clientes obsequiosos y los políticos.

⁴⁰ "Una parte de la Nación se une al proletariado para reclamar derechos", dice Maxime Leroy en un libro consagrado a defender los sindicatos de los funcionarios. (*Les transformations de la puissance publique*, p. 216).

La huelga general política resume toda esta concepción en un cuadro muy comprensible. Nos muestra que el Estado no ha de perder nada de su fuerza, y cómo ha de efectuarse la trasmisión entre unos y otros poseedores de privilegios, y cómo el pueblo de los productores llegará a un cambio de amos. Estos amos serán muy probablemente menos hábiles que los de hoy; harán más hermosos discursos que los capitalistas; pero todo lleva a creer que serían más severos e insolentes que sus prodecesores.

La *nueva escuela* razona de otra manera. No admite la idea de que el proletariado tenga por misión histórica imitar a la burguesía, y no concibe que pueda intentarse una tan milagrosa revolución como la que ha de aniquilar al capitalismo, pueda ser intentada para dudoso y mínimo resultado, para un mero cambio de amos, para la satisfacción de los ideólogos, de los políticos y los especuladores, todos adoradores y explotadores del Estado. No quiere concretarse a las fórmulas de Marx: el hecho de que éste no haya concebido sino la teoría de la fuerza burguesa no es a sus ojos una razón para limitarse sólo a imitarla.

En el curso de su carrera revolucionaria, Marx no estuvo siempre bien inspirado y con bastante frecuencia siguió inspiraciones que pertenecían al pasado. En sus escritos, llegó a recoger una multitud de reliquias que provenían de los utopistas. La *nueva escuela* no se cree obligada de ningún modo de admirar sus ilusiones, las faltas y los yerros de quien tanto hizo para elaborar ideas revolucionarias. Se esfuerza en desmenuzar lo que desluce la obra de Marx y lo que debe inmortalizar su nombre, y así establece la contradicción de los socialistas oficiales que quieren sobre todo admirar a Marx por lo que no tiene de marxista. No hemos de dar entonces ninguna importancia a los múltiples textos que se nos pueden oponer para mostrarnos que Marx comprendió frecuentemente la historia igual a como la comprenden los políticos.

Ahora ya sabemos cuál es la razón de su actitud: no conocía la diferencia, que hoy advertimos con claridad, entre la fuerza burguesa y la violencia proletaria, porque no vivió en los medios que tuviesen un concepto satisfactorio de la huelga gene-

ral.⁴¹ Hoy día se tienen muchos elementos para comprender tan bien la huelga general como la política; sabemos en qué se diferencia el movimiento proletario de los antiguos movimientos burgueses, y la actitud de los revolucionarios enfrente del Estado nos suministra medios para discernir nociones que estaban aún muy confusas en el espíritu de Marx.

El método que hemos utilizado para establecer la diferencia que existe entre la fuerza burguesa y la violencia proletaria, puede servir igualmente para resolver muchos asuntos que surgen en las investigaciones relativas al modo de organizar al proletariado. Si se comparan los ensayos de organización de la huelga sindicalista y los de la huelga política, puede juzgarse con frecuencia lo que es bueno y lo que es malo, es decir, lo específicamente socialista y lo que tiene tendencias burguesas.

La educación popular, por ejemplo, parece estar totalmente orientada por un espíritu burgués; todo el esfuerzo histórico del capitalismo tendía a conducir a las masas a dejarse gobernar por las condiciones de la economía capitalista, de manera que la sociedad se convirtió en un organismo. Todo el esfuerzo revolucionario tiende a crear *hombres libres*; pero los gobernantes democráticos se atribuyen la misión de realizar la *unión moral* de Francia. Esta unidad moral se reduce a la disciplina de los productores, que serían felices de trabajar por la gloria de sus jefes intelectuales.

Puede añadirse que el gran peligro que amenaza al sindicalismo sería la tentativa de imitar a la democracia. A él le convendría más saberse conformar durante un tiempo con organizaciones débiles y caóticas que caer bajo la dominación de sindicatos que copiarían las formas políticas de la burguesía.

Los sindicalistas revolucionarios no se han engañado jamás, porque aquellos que tratan de dirigirlos en la vía *símil-burguesa* son enemigos de la huelga general sindicalista y se revelan ellos mismos como adversarios.

⁴¹ Las insuficiencias y los errores que existen en la doctrina de Marx referentes a la organización revolucionaria del proletariado, pueden ser señalados como ilustraciones memorables de esa ley que nos impide *pensar* en nada que carezca de bases reales en la vida. No confundamos *pensamiento* con *imaginación*.